

CAPITULO III.

Veíase el ejército en este último estado de apuro físico y moral, cuando llegaron sus primeros fugitivos á Vilna. ¡ Vilna, su almacén, depósito, la primera ciudad rica y habitada que habían encontrado desde su entrada en Rusia! Su nombre solo y proximidad sostenían algunos ánimos todavía.

El mayor número de aquellos infelices alcanzó á ver ultimamente esta ciudad el 9 de diciembre. Inmediatamente, yendo tirando los unos, y precipitándose los otros, se embocaron á ciegas en su arrabal, haciendo por adelantarse tenazmente, y amontonándose allí con tanta obstinación que no formaron muy brevemente mas que una masa de hombres, caballos y carros inmóviles, é incapaces de movimiento.

El despejo de aquella inmensa turba por un angosto paso, fué casi imposible. Guiados de un estúpido instinto los que venían detrás, aumentaban aquel embarazo, sin pensar en entrar en la ciudad por sus otras salidas, porque las había: pero se hallaba todo tan desarreglado, que ni siquiera un oficial del estado mayor se presentó en todo aquel día para indicarlas.

Por espacio de diez horas, y con veinte siete, y aun veinte y ocho grados de frío, muchos millares de soldados, que se tenían por salvados, cayeron helados ó sofocados, como en las puertas de Smolensko, y delante de los puentes del Beresina. Sesenta mil hombres habían atravesado aquel río, agregándoseles posteriormente veinte mil reclutas: de estos ochenta mil hombres, la mitad acababa de perecer, y los mas en aquellos cuatro últimos días entre Malodeczno y Vilna.

Ignoraba la capital de la Lituania todavía nuestros desastres, cuando cuarenta

mil hombres hambrientos la llenaron de gritos y gemidos. Este inesperado aspecto ahuyentó á sus habitantes, los cuales cerraron sus puertas. Presentó entónces un deplorable espectáculo la vista de aquellas bandadas de desdichados errantes por las calles, los unos enfurecidos, los otros desesperados, amenazando ó rogando, tratando de descerrar las puertas de las casas, las de los almacenes, ó yendo tirando hácia los hospitales, y se veían desechados en todas partes; en cuanto á los almacenes, eran unas formalidades bien intempestivas, supuesto que estando disueltos los cuerpos y mezclados los soldados, era imposible toda distribución regular.

Había allí cuarenta dias de harina y pan, y treinta y seis de carne, para cien mil hombres. Ningun gefe se atrevió á dar orden de distribuir aquellos víveres entre cuantos se presentaran. Los empleados que los habían recibido, temieron á causa de su responsabilidad, y los

demás, los excesos á que se entregan los soldados hambrientos, cuando lo tienen todo á discrecion. Aquellos empleados, por otra parte, ignoraban cuan desesperada era nuestra situacion; y cuando apenas quedaba lugar para pillar, dejaron morir de hambre por muchas horas á nuestros infelices camaradas á la vista de aquellos inmensos repuestos, que pasaron al poder del enemigo en el siguiente dia.

No se vieron menos desechados en los cuarteles y hospitales, pero no por los vivos, porque la muerte sola reinaba allí. Algunos moribundos respiraban todavía, y se quejaban de que mucho tiempo hacia se hallaban sin camas, aun sin paja, y casi abandonados. Los patios, corredores, y hasta las salas, estaban llenos de cuerpos hacinados; eran unos infectos osarios.

Finalmente, los desvelos de muchos gefes, tales como Eugenio y Davoust, la compasion de los Lituanos y la codicia de los judios, abrieron algunos refugios. El asombro de aquellos infelices al vol-

verse hallar por último en moradas habitadas, fué cosa notabilísima entonces. ¡ Cuan delicioso alimento les parecia un pan fermentado, que indecible dulzura hallaban en comerle sentados ! Y ¡ cuan admirados les dejaba despues la vista de un corto batallon todavía armado, en orden y vestido uniformemente ! Parecia que volvian del cabo del mundo : ¡ hasta tanto grado la violencia y continuacion de sus males les habian arrancado y llevado lejos de sus hábitos, y tan profundo habia sido el abismo de que salian !

● Pero apenas comenzaban á disfrutar aquellas delicias, cuando resonó sobre sus cabezas y la ciudad el cañon enemigo. Aquel tremendo ruido, los gritos de los oficiales, los tambores que llamaban á las armas, y los clamores de infinitos desdichados que llegaban todavía, llenaron de una nueva confusion Vilna : era la vanguardia de Kutusof y Tchaplitz, mandada por Orurk, Lanskoï y Seslawin. Atacaban á la division Loison, que cubria

la ciudad y juntamente la marcha de una columna de caballería desmontada, dirigida por Newstroki hácia Olita.

Al principio se trató de resistir. Wrede y sus Bávaros, acababan tambien de incorporarse con el ejército por Naroe-Zwirausky y Niamentchin. Los venia persiguiendo Wittgenstein, que desde Kamen y Vileika, marchaba hácia nuestro flanco derecho, al mismo tiempo que Kutusof y Ttitchakof nos daban el alcance. Le quedaban ya á Wrede dos mil combatientes únicamente. Tocante á Loison, á su division y la guarnicion de Vilna, que habian venido á socorrernos hasta Smorgony, el frio los habia reducido en los tres últimos dias, de quince mil hombres á tres mil.

Wrede, defendió Vilna por el lado de Bukoni; pero se vió precisado á retirarse despues de un noble esfuerzo. Loison y su division por su parte, hallándose mas inmediatos á Vilna, contuvieron al enemigo. Se habia conseguido que una divi-

sion napolitana tomara las armas, y aun que saliera de la ciudad; pero se les escaparon de las manos los fusiles á aquellos hombres trasplantados de un suelo árido á un clima de hielo, por lo que volvieron á entrar todos en menos de una hora, desarmados y estropeados los mas.

Se tocaba en balde al mismo tiempo la generala por las calles; pues reducida la antigua guardiá misma á algunos pelotones, permanecia dispersa. Todos pensaban mas en disputar su vida al hambre y escarchas, que á los enemigos. Pero el grito, « Aquí estan los Cosacos » se dejó oír entonces: era la única señal mucho tiempo hacia, á que el mayor número obedecia; no tardó en extenderse por toda la ciudad, y comenzó de nuevo la derrota.

Era Wrede: este general acababa de presentarse de improviso delante del rey. « ¡ El enemigo, dijo, le seguia las huellas! Los Bávaros habian sido rechazados hasta en Vilna, que no podian defender ya. » El

ruido del alboroto llega al mismo tiempo hasta los oídos de Murat: se asombra este, y no creyéndose ya dueño del ejército, no lo es tampoco bastante de sí mismo. Le vieron salir á pie de un palacio y penetrar por medio del tropel: pareció que tenia una refriega en medio de un embarazo semejante al de la víspera. Se detuvo sin embargo en la última casa del arrabál, desde donde envió sus órdenes, y en donde esperó el dia y el ejército, dejando á cargo de Ney el cuidado de lo restante.

Se hubiera podido resistir veinte y cuatro horas mas en Vilna, salvándose por este medio muchos hombres. Aquella fatal ciudad retuvo á unos veinte mil, entre los cuales, trescientos oficiales y siete generales. Los mas estaban heridos del invierno mas que del enemigo, que triunfó de ellos. Otros se hallaban ilesos todavía, á lo menos en la apariencia, pero sus fuerzas morales estaban apuradas; y despues de haber tenido valor para

superar tantas dificultades, se desanimaron á la vista del puerto y de cuatro jornadas mas. Habian vuelto á ver por último una ciudad civilizada, y primero que resolverse á proseguir marchando por el desierto, se entregaron á su fortuna, la cual fué cruel.

Es verdad que los Lituanos, á los que abandonamos despues de haberlos expuesto tanto, recogieron y socorrieron á algunos; pero los judios á quienes habiamos llenado de favores, desecharon á otros. Hicieron mucho mas todavía: la vista de tantos dolores irritó su avaricia. Sin embargo, si especulando su infame codicia sobre nuestras miserias, se hubiera contentado con vender á peso de oro algunos escasos socorros, la historia se desdeñaria de manchar sus páginas con estas desagradables particularidades; pero que hayan atraido á nuestros infelices heridos á sus moradas para despojarlos; precipitado despues á la vista de los Rusos, por las puertas y ventanas de sus casas á

aquellas víctimas desnudas y moribundas, dejándolas morir allí de frio inhumanamente, y aun formándose un mérito aquellos infames bárbaros en el concepto de nuestros enemigos de martirizarlos en aquel abandono: son unos tan horrendos crímenes, que deben denunciarse á los siglos presentes y venideros. Hoy dia, en que nuestras manos son ineficaces, puede suceder que nuestra indignacion contra aquellos mónstruos, sea su único castigo en esta tierra; ¡pero los asesinos se reunirán al cabo en algun dia con sus víctimas, y hallaremos sin duda allí nuestra venganza en la celestial justicia!

Ney, que se habia encargado todavía de la retaguardia voluntariamente, salió de la ciudad el 10 de diciembre, y la inundaron al punto los Cosacos de Platof, degollando á cuantos infelices echaron los judios á su paso. Presentóse de repente en medio de aquella carnicería un piquete de treinta Franceses que venian del puente del Vilia, en que los habian

olvidado. A la vista de aquel nuevo despojo, millares de soldados de la caballería enemiga acuden, se apresuran, rodean el piquete con grandes gritos, y le asaltan por todas partes.

Pero el oficial frances habia colocado ya en círculo á sus soldados. Sin vacilar, mandóles hacer fuego, y se adelantó despues con bayoneta calada al paso de ataque. Todo huyó al punto en presencia suya, y sin asombrarse mas de la cobardía de los Cosacos que de su embestida, se aprovechó del momento, dió una media vuelta de pronto y logró reunirse sin pérdida con la retaguardia.

Esta habia trabado la pelea contra la retaguardia de Kutusof y se esforzaba á detenerla, porque una nueva catástrofe, que ella trataba en balde de cubrir, la retenia cerca de Vilna.

Napoleon, en aquella ciudad como en Moscou, no habia mandado dar orden ninguna de retirada: habia querido que nuestra derrota careciese de todo pre-

cursor que se consumiese á sí misma, sorprendiese á nuestros aliados y á sus ministros, y que aprovechándose ultimamente de su asombro, pudiese atravesar sus pueblos antes que se hallasen dispuestos á unirse con los Rusos para aniquilarnos.

Por esto, Lituanos, extrangeros y todos en Vilna hasta su ministro mismo, habian sido engañados. No creyeron en nuestro desastre hasta que le vieron, en lo cual, aquella fé casi supersticiosa de la Europa, en la infalibilidad de Napoleon, le sirvió contra sus aliados; pero esta misma confianza habia adormecido á los suyos en una profunda seguridad, y en Vilna como en Moscou, ninguno de ellos se habia preparado para un movimiento de cualquiera especie.

Aquella ciudad encerraba una gran parte de los bagages del ejército y de su tesoro, sus víveres, una infinidad de disformes galeras cubiertas, cargadas con los equipages del emperador, mucha ar-

tillería y una crecida cantidad de heridos. Nuestra derrota habia descargado sobre ellos como una imprevista tempestad. A tan repentina calamidad, el espanto habia precipitado á los unos, y la consternacion sobrecogido á los otros. Las órdenes, hombres, caballos y carros, se habian cruzado y encontrádose entre sí.

En medio de aquel alboroto, muchos gefes habian echado fuera de la ciudad, y con direccion á Kowno cuanto habian podido poner en movimiento; pero esta pesada y despavorida columna habia encontrado á una legua por aquel camino, la altura y desfiladero de Ponari.

En nuestra marcha conquistadora, no habia parecido aquella arbolada colina á nuestros húsares mas que una dichosa circunstancia de terreno, desde donde podian descubrir la llanura entera de Vilna, y juzgar de sus enemigos. Por lo demás, apenas se habia parado la consideracion en su rápido, pero corto declive. En una

retirada regular, aquella cuesta hubiera presentado una buena posicion para volverse y contener al enemigo; pero en una desordenada huida, en la cual cuanto pudiera servir perjudica, en la cual la precipitacion y desorden lo vuelven todo contrario, aquella eminencia y su desfiladero fueron un obstáculo insuperable, un muro de hielo en el cual se desgraciaron todos nuestros esfuerzos. Aquel estorbo lo detuvo todo, bagages, tesoro y heridos; y llegó á tanto grado el mal, que formó época en aquella continuada série de calamidades.

Y efectivamente, caudales, honor, reliquias de disciplina y fuerzas, todo acabó de perderse allí. Luego que los conductores y soldados de escolta, despues de quince horas de vanos esfuerzos, hubieron visto que el rey y toda la columna de los prófugos, les tomaron la delantera por los costados del monte; que, volviendo la vista hácia el ruido de la artillería y tiroteo que iba acercándoseles

por instantes, descubrieron á Ney mismo que se retiraba con tres mil hombres, reliquias de Wrede y de la division Loisson, y que mirándose ultimamente á sí mismos, vieron el monte todo cubierto de carros y cañones destrozados ó volcados, de hombres y caballos tendidos por tierra y expirando unos sobre otros: no pensaron ya entoces en salvar nada, sino en adelantarse á la codicia de sus enemigos, pillándose á sí propios.

Sirvió como de señal un arcon del tesoro que se abrió: todos se arrojaron sobre aquellos carruages, rompiéndolos y arrancando de ellos los mas preciosos obgetos. Habiendo llegado á pasar por delante de aquel desorden los soldados de la retaguardia, arrojaron sus armas para cargarse de botin, en el cual se cebaron con tanto ahinco, que no oyeron ya el silbido de las balas, ni los alaridos de los Cosacos que los perseguian.

Aun dicen que se les mezclaban aquellos Cosacos sin echarlos de ver. France-

ses y Tártaros, amigos y enemigos, se confundieron en una misma codicia por algunos momentos, y se vió que olvidándose de la guerra Rusos y Franceses, pillaban juntos el mismo arcon. Se desaparecieron diez millones en oro y plata.

Pero al lado de estos horrores se notaron tambien nobles sacrificios. Hubo hombres que lo abandonaron todo para salvar en sus espaldas á varios desgraciados heridos; no pudiendo otros arrancar de aquella refriega á sus camaradas medio helados, perecieron defendiéndolos contra las ofensas de sus compatriotas y los tiros de sus enemigos.

En la parte mas expuesta del monte, un oficial del emperador, el coronel conde de Turena, contuvo á los Cosacos, y á pesar de sus rabiosos gritos y descargas, repartió á su vista el tesoro particular de Napoleon entre los soldados de su guardia que halló á mano. Peleando aquellos buenos hombres con una mano, y recogiendo con otra los despojos de su gefe

lograron salvarlos. De allí á mucho tiempo, y luego que se hubo estado distante de todo peligro , cada uno de ellos devolvió fielmente el depósito que se le habia confiado, y ni siquiera una pieza de oro se perdió.

CAPITULO IV.

Aquella catástrofe de Ponari, fué tanto mas ignominiosa, quanto era fácil de preveer, y todavía mas facil de evitar; porque se podia dar vuelta á aquella colina por sus lados. Nuestros destrozos sirvieron á lo menos para detener á los Cosacos. Mientras que estos recogian aquellos despojos, sostuvo Ney la retirada hasta Evé, con algunos centenares de Franceses y Bávaros. Como fué su postrer exfuerzo, es menester indicar su método de retirada, que seguia desde Viazma desde el 3 de noviembre, hacia ya treinta y siete dias con sus noches enteras.

Tomaba posicion todos los dias á las cinco de la tarde; contenia á los Rusos; dejaba comer y descansar á sus soldados, y volvia á partir á las diez. Durante toda la